

El cambio viene del Este

Enrique Semo*

1989 es un año inolvidable. En pocos meses, uno de los grandes bloques de estados de la posguerra se derrumbó, un sistema social comenzó a desplomarse y la ideología ligada a ellos perdió toda vigencia. En el futuro, los historiadores se ocuparán de él como de una de las rupturas decisivas de la historia. Sus contemporáneos sabemos que nos estamos internando por caminos no hollados y nos esforzamos en atisbar sus vericuetos. Los cambios apenas se han iniciado. La próxima década será escenario de transformaciones económicas, sociales y políticas muy profundas en la tercera parte del mundo conocida hasta hace poco con el nombre de "bloque socialista". Si bien los resultados son imprevisibles, algunas de las tendencias comienzan ya a definirse. El presente artículo no se propone abordar las implicaciones

internacionales e ideológicas del fenómeno; su tema es la situación interna de esos países y los posibles escenarios de su evolución.

Hoy más que nunca, es necesario advertir contra las trampas de la ideología. El derrumbe del llamado "marxismo-leninismo" como proyecto ideológico no es sinónimo de la desaparición de las estructuras sociales surgidas a su amparo. Aun cuando la orientación de las mutaciones es el liberalismo político, la integración al mercado mundial capitalista y el desarrollo de la economía mercantil, sería ingenuo suponer que al final del proceso esos países serán una simple réplica de algún modelo capitalista, ya sea éste el estadounidense, el sueco o el brasileño. Los 72 años transcurridos desde la revolución de octubre dejaron su marca. Los puntos de partida son diferentes y los de llegada lo serán también. Ninguna restauración ha podido retrotraer la historia a la posición anterior a un cataclismo revolucionario auténtico y es muy poco probable que ahora lo logre. El regreso de los Estuardo al trono en 1660 no pudo modificar las transformaciones implantadas por

* Investigador de la División de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM. El autor ha viajado extensamente por los países del Este europeo durante el último año como corresponsal de la revista *Proceso*.

la revolución inglesa, y la restauración borbónica de 1814 en Francia no revivió el régimen aristocrático. La apertura de los países del colectivismo estatista hacia el Occidente capitalista no es el fin de la competencia entre capitalismo y socialismo en sus múltiples variantes, sino la apertura de un capítulo más complejo, en el cual la confrontación deja de estar identificada con el enfrentamiento de dos bloques político-militares.

Las primeras características distintivas de las sociedades del colectivismo estatista eran la propiedad estatal de los medios de producción en la industria, el comercio y las finanzas y —con la excepción de Yugoslavia y desde 1968 de Hungría— la planificación centralizada de la economía. Los criterios principales de su desempeño eran el desarrollo de la producción industrial y los patrones igualitarios de la distribución de la riqueza. La legitimidad de los partidos comunistas gobernantes se derivaba de la tesis de que se había roto con el capitalismo para pasar a un modo de producción superior, el socialista, que paulatinamente desembocaría en un nuevo estadio, el comunismo.

Hasta la década de los sesenta predominaron en la URSS y los países del Este de Europa diversas versiones del llamado "modelo de desarrollo estalinista", cuyos rasgos principales son:

i) el dominio de la actividad económica por medio de un plan centralizado elaborado y administrado por un aparato burocrático fuertemente jerarquizado;

ii) el Estado distribuye los recursos existentes, cuya magnitud calcula en términos físicos (volumen): El instrumento principal de control son los "balances materiales", en los cuales se registra el flujo de insumos y productos. Los precios sólo se consideran en el proceso como unidades contables;

iii) se supone que mientras mayor sea la parte del producto reservada a la acumulación, mayor será la tasa de crecimiento de éste. Como regla, el crecimiento de la rama I de la economía (bienes de producción) debe ser superior a la rama II (bienes de consumo), y

iv) la contraparte en la agricultura es la colectivización y la subordinación de su planificación a las necesidades de la industrialización.

Hacia 1960, todos los gobiernos eran ya conscientes de la necesidad de modificar esas premisas. Se produjo una intensa discusión que renovaba argumentos de debates previos (1920 en la URSS y 1948 en Europa Oriental, sobre las vías nacionales al socialismo) y se intentaron reformas importantes. Se introdujo el uso de los precios en los cálculos de planificación. Se hicieron experimentos con la economía de mercado, con el establecimiento de incentivos para los gerentes y del principio de la ganancia para las empresas individuales. Las economías comenzaron a cambiar lentamente. Sin embargo, las reformas se enfrentaron a grandes obstáculos, el mayor de los cuales fue la resistencia pasiva y activa de una burocracia conservadora. Ninguna de ellas —de nuevo con la excepción de Yugoslavia y Hungría— se pudo aplicar consecuentemente.

Eficaz en la concentración de los esfuerzos en renglones prioritarios, el modelo inicial demostró ser ineficiente en el uso global de los recursos. Durante varios decenios, los países del socia-

lismo estatista conocieron ritmos acelerados de industrialización y de aumento de los niveles de vida popular, pero a medida que la economía se diversificaba, las ventajas comenzaron a esfumarse. El modelo comenzó a exhibir su principal debilidad: la resistencia a la reforma y la transformación. La interdependencia entre economía y política se hizo cada vez más evidente. Las reformas económicas despertaban fuertes resistencias políticas y las crisis políticas motivaban ensayos de reforma económica que acababan disolviéndose. Ahora sabemos que sin la pieriestroica y el 89, el círculo vicioso nunca habría podido romperse.

En todos esos países, los partidos comunistas eran depositarios de la autoridad política y del proceso de toma de decisiones. A la vez, eran el único árbitro de los valores sociales legítimos derivados de una visión única del mundo: el marxismo-leninismo. El monopolio del poder se justificaba con el principio del papel dirigente del partido en la sociedad, inscrito en el programa de la organización y la Constitución del país. Esto no significaba que él decidía sobre todos los asuntos, sino que sus orientaciones eran las únicas legítimas en las instituciones del Estado y su personal. El control se concentraba en las manos de una reducida élite de la burocracia partidista, la *nomenklatura*, única depositaria del reclutamiento y la orientación del personal dirigente en todas las esferas de la vida social. Exenta de la prueba de procesos electorales periódicos y la acción de contrapesos democráticos externos, acumuló un poder impresionante, refrendado por una inmensa burocracia (en la URSS su número se calcula en 18 millones de personas) de origen preferentemente obrero y campesino.

Entrelazados con el Estado, los partidos comunistas (muy numerosos a veces) acabaron por constituirse en élites políticas envueltas en una red de privilegios y exenciones que contradecían flagrantemente su ideología igualitaria.

Si durante su historia como fuerzas de oposición conocieron rasgos de centralismo democrático, el ejercicio del poder fue instaurando un centralismo burocrático. Partidos que fueron capaces de movilizar al pueblo en momentos de revolución, guerra o despegue industrial, desarrollaron fuertes tendencias conservadoras que reproducían en todas las esferas de la vida social. Otros, que no fueron protagonistas de ese tipo de experiencias, exhibieron esas características en forma aún más pronunciada. Durante el período breshnoviano, los países del colectivismo estatista se hundieron en un inmovilismo político catastrófico que ignoró los avances de la democracia en Occidente.

La legitimidad y el consenso de esos partidos provenía de su origen revolucionario (como en el caso de la URSS y Yugoslavia) y antifascista (Alemania, Checoslovaquia, Bulgaria); de los éxitos obtenidos en la industrialización y la gran movilidad social consecuente; de logros notables en la educación popular y la masificación de la seguridad social; de un patrón de desarrollo marcado por una tendencia a la igualdad en el abastecimiento de los productos básicos. Todo ello plasmado en una ideología de contenido utópico, modernizante e igualitario. En varios de esos países, no faltaron momentos de mística renovadora que unieron a pueblo y partido en grandes proyectos de acción transformadora.

Sería un error ignorar las diferencias económicas y políticas que, bajo una aparente homogeneidad, distinguían a cada país. Son ellas las que ahora permiten explicar las distintas vías que cada uno de esos países está adoptando.

La gran crisis

El sistema produjo resistencias de todo tipo. En la URSS, la crítica en el seno del marxismo se sucedió en olas intermitentes hasta 1938. Desde los años sesenta, una pléyade de economistas planteó tesis que cuestionaban el carácter socialista del sistema: a) la forma de la propiedad es estatal y no social; b) no es posible lograr la racionalidad económica sin recurrir a la economía de mercado; c) el poder no está en manos del pueblo, sino en las de una burocracia.¹ Desde 1948 surgió en Yugoslavia una corriente de pensamiento que prevenía contra la injerencia excesiva del aparato estatal en la gestión económica y la vida cultural. La preocupación por la descentralización del poder y la autogestión en las empresas iba aunada a una visión humanista del socialismo en la cual la transformación política, moral y cultural del hombre era la categoría central. En Polonia, Adam Schaf y Lazek Kolakovski y sus seguidores protagonizaron una ruptura abierta con la versión estalinista del marxismo ya desde la década de los cincuenta. En Checoslovaquia Ota Sik exponía una posición heterodoxa en su *Plan y mercado en el socialismo* (1965) y Karel Kosik rompía lanzas contra el dominio del estalinismo en la filosofía en su *Dialéctica de lo concreto* (1967). En enero de 1968, los documentos del Partido Comunista Checoslovaco planteaban un proyecto de socialismo democrático que es un precursor directo del "nuevo pensamiento" de la perestroika.

En varios países se produjeron olas de protesta popular que dejaron profundas secuelas: Polonia en 1953, 1956, 1970, 1976 y 1980-1981; en la RDA en 1953; en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968. Todas fueron ensayos de lo que iba a suceder en 1989. Los dos partidos más firmemente enraizados en la sociedad eran los de la URSS y Yugoslavia. Los de Bulgaria y Rumania gozaron de un prolongado consenso, mientras que los de Polonia, Hungría y Checoslovaquia tuvieron serios problemas de legitimidad que sólo pudieron resolver por medio de la represión violenta o de concesiones importantes.

La crisis política del socialismo de Estado se inició en 1968. Algunos años más tarde se había propagado a la economía y la ideología. Su raíz más profunda fue la incapacidad de asimilar la revolución técnica y científica de los últimos dos decenios. Garbachev ha sido acusado dentro y fuera de la URSS de "hablar obsesivamente de tecnología". Esto no es sino el reflejo de una dramática realidad. Separado del mundo capitalista por múltiples barreras y enfrentado a él por la guerra fría, el bloque soviético no sólo perdió la carrera de la tecnología, sino la esperanza de ganarla sin revolucionar radicalmente sus condiciones de existencia. La URSS nunca fue un país tecnológicamente muy avanzado, pero durante varias décadas sus progresos en ese renglón fueron espectaculares. En los últimos tiempos, su atraso y las tendencias al estancamiento comenzaban a convertirse en un peligro mortal.

Mientras que en los países capitalistas desarrollados la informática transformaba explosivamente la relación entre las diversas estructuras económicas y sociales, la URSS entraba apenas en la era de las microcomputadoras. Actualmente fabrica 1.1 millones de unidades al año, mientras que en Estados Unidos la pro-

ducción se eleva a 30 millones. Aun en ramas en las cuales la URSS goza de superioridad mecánica, la productividad es baja. Su producción de tractores es cuatro veces mayor que la estadounidense y, sin embargo, la productividad del trabajo en la agricultura es apenas 20% de la de Europa Occidental y 10% de la de Estados Unidos. Según el mismo Garbachev, desde mediados de los setenta los dirigentes soviéticos sentían "que una especie de freno lisiaba el desarrollo y eso en una época en la cual la revolución técnico-científica abría nuevas perspectivas". En 1988, el economista y ahora ministro soviético L. Abalkin sostenía que "el atraso respecto a los niveles mundiales más avanzados crece y adquiere formas cada vez más amenazadoras". Otros economistas consideraban que la URSS estaba atrasada unos diez años en la asimilación masiva de la tecnología de punta. Este problema tuvo manifestaciones muy diversas en los demás países del Este debido a las peculiaridades de sus economías, pero todos sufrían los efectos de su inserción en un bloque que no podía ofrecerles acceso a la nueva tecnología. De ahí los primeros esfuerzos en los años setenta por desarrollar las relaciones económicas con Occidente y buscar créditos e inversiones en los países desarrollados.

El segundo reto provino del desarrollo de la democracia en Occidente. Después de una entreguerra marcada por la crisis y el ascenso del fascismo, Europa Occidental conoció una profunda transformación. No sólo se produjo un auge económico sin precedente, sino que en Alemania, Italia, España, Portugal y Grecia, países dominados por regímenes totalitarios, surgieron y se consolidaron sistemas democráticos. En ellos, sin abandonar sus plataformas revolucionarias, los partidos comunistas y otras fuerzas radicales obtuvieron cartas de legitimidad sin poner en peligro al sistema. Los sistemas liberales de Occidente asimilaron e integraron los nuevos movimientos que planteaban la democracia en términos diferentes al liberalismo y el socialismo de la primera mitad del siglo XX: igualdad y libertad sexual, integración racial, protección ambiental, derechos del consumidor, desarme, derechos civiles...

Frente a esos cambios, los regímenes del Este permanecieron inmóviles. Si en la esfera económica hubo intentos de reforma, en la política se conservaban los rasgos estalinistas, moderando los más arbitrarios y opresivos. Las grandes oportunidades de reformar pacíficamente el sistema político abiertas por el XX Congreso del PCUS en 1956, el gobierno de Jrushov y la Primavera de Praga, último y dramático aviso, fueron desaprovechadas. El período de Breshnev sumió a los países del socialismo real en un inmovilismo suicida, a la vez que aceptaba plenamente el desafío armamentista estadounidense que no podía ganar. El poder permanecía estático mientras la sociedad seguía cambiando aceleradamente por la acción de la educación, la urbanización y la desaparición del terror estalinista.

Excepción hecha de Polonia, las décadas de los setenta y los ochenta no fueron muy ricas en grandes movimientos contestatarios. Sin embargo, muchos observadores atentos a la evolución de la opinión pública en los países del Este señalaban una erosión acelerada de la hegemonía de los partidos comunistas y un desencanto ante las promesas de la ideología oficial. Sus síntomas eran la creciente admiración por los países occidentales, el cinismo en los medios burocráticos, el relajamiento de la disciplina de trabajo, la resistencia pasiva a las iniciativas oficiales, la

1. Véanse las obras de R. Bahro, B. Horwath, O. Sik, W. Brus y G. Stojanovic, entre otros.

apatía política de la juventud. En la URSS y otros países del bloque se multiplicaron los indicios de desacuerdo y oposición que constituyen hoy las bases del renacimiento de la sociedad civil. Cerradas las puertas de la utopía socialista por la conversión del marxismo en ideología de Estado, muchos ciudadanos volvieron sus ojos hacia el pasado como refugio e inspiración de la resistencia contra la opresión. Su punto de partida fue la disidencia, fenómeno que los rusos llaman *Inakomyshichtchii*, "que piensa diferentemente". Pensar de manera diferente en una cultura política como la soviética, que exigía la unanimidad y la adhesión total, era inevitablemente buscar la manera de influir en el poder. No vamos a repetir los nombres que se identifican en todo el mundo con la disidencia. El movimiento tenía mucha más amplitud de lo que deja traslucir la tendencia en Occidente a identificarlo exclusivamente con personalidades destacadas. Presente en tres sectores de la sociedad —la intelectualidad, las iglesias y las corrientes nacionalistas—, la disidencia abarcaba desde los años setenta a miles de ciudadanos. La imposibilidad de protestar coherentemente en el seno del socialismo impulsó al desencanto masivo hacia el espectro de las culturas más opuestas a él, más inasimilables por la ideología dominante. Cuando se produjo la ruptura, subieron a la superficie corrientes religiosas, nacionalistas, reaccionarias y antisocialistas.

Revolución desde arriba

La primera reacción efectiva a esta situación se produjo en la URSS a principios de 1985 y adquirió rápidamente la forma de una revolución desde arriba. La elección de Mijaíl S. Gorbachov para el puesto de secretario general del PCUS fue un triunfo del sector de la élite gobernante que está decidido a reformar profundamente al sistema. Gorbachov, que nació en 1931, pertenece a una nueva generación de funcionarios que no participó en la función pública durante la traumática experiencia de la segunda guerra mundial y se formó bajo el régimen de Jrushov. Abogado e ingeniero agrónomo, forma parte de la nueva tecnocracia soviética y su *hobby* es la economía. Habiendo ingresado al Comité Central del PCUS en 1971, no podía juzgar al período breshnoviano por sus aperturas políticas con respecto a la represiva era estalinista. Desde entonces, el mundo ha seguido, primero con escepticismo, luego con admiración y finalmente fascinado, la trayectoria sorprendente del más audaz de los reformadores del siglo XX. Seducido por la brillantez de la personalidad política que desbancó rápidamente la popularidad del "gran comunicador" y su habilidad táctica para encontrar salidas a las situaciones más comprometedoras, el mundo ha tardado en tomar en serio el proyecto que se cobija bajo las palabras mágicas de pierestroica (reforma), glásnost (transparencia) y nóvoye myscheniye (nuevo pensamiento). Pero los sucesos de estos últimos cinco años demuestran que los reformistas soviéticos actúan de acuerdo con una nueva concepción del mundo actual y un programa estratégico que merecen ser tomados en serio por la ya evidente relación que guardan con su práctica política.

Gorbachov sostiene que la pierestroica es una revolución. En una analogía con el desarrollo del capitalismo, recuerda que el triunfo de ese sistema exigió varias revoluciones y llama a una segunda revolución socialista. Reconoce que en cierta medida se trata de una "revolución desde arriba". El impulso parte de la dirección del Partido Comunista; se trata —dice— "de un proce-

so dirigido y no espontáneo", pero recuerda que la debilidad de todas las "revoluciones desde arriba" del pasado es que, al no contar con el acuerdo y el apoyo de las masas, se ven obligadas a recurrir a la coerción, lo que impone un alto costo social a las transformaciones. Acaba sosteniendo que la pierestroica debe ser a la vez una revolución "desde arriba" y "desde abajo". Su principal argumento contra Yeltsin ha sido que si los cambios se introducen al ritmo que él propone, habría que recurrir inevitablemente a la represión masiva.

Algunos observadores recuerdan que el fenómeno no es inusitado. La burocracia rusa ha contado con grandes reformadores: desde Pedro el Grande y Alejandro II, hasta Jrushov y Gorbachov. Pero en la experiencia de este último hay un elemento nuevo: el recurso de los de arriba a la acción espontánea del pueblo. Durante los primeros dos años, los reformadores tuvieron más éxito en modificar la composición de los altos órganos dirigentes que en movilizar la acción popular. No fue sino muy lentamente que primero la *intelligentsia*, luego las corrientes nacionalistas y religiosas y, por último, sectores de la clase obrera entraron en movimiento. La orientación de esas fuerzas no corresponde siempre a las expectativas de la pierestroica. Pero ellos son aliados en lo que Gorbachov ha llamado "la etapa destructiva" de la revolución, vale decir, el debilitamiento de la burocracia conservadora, así como de los intereses sociales y las prácticas con ella asociadas. Sin embargo, las grandes manifestaciones de los primeros meses del año en curso indican que el apoyo activo convocado por Gorbachov comienza a tomar forma lentamente. De ahí su reciente declaración de que sólo ahora se inicia la verdadera pierestroica.

Aun cuando el objetivo prioritario de la pierestroica es económico, Gorbachov, aprovechando las lecciones dejadas por el fracaso de reformas anteriores, sobre todo la jrushoviana, comenzó por una reforma política. Ninguna transformación económica es posible en la URSS si no se movilizan fuerzas sociales suficientes para derrotar a la burocracia conservadora y los intereses sociales ligados a ella.

Si en la economía la pierestroica se propone realizar reformas ya esbozadas y siempre pospuestas, en la política fija objetivos no planteados hasta ahora. La consolidación del Estado de derecho, el respeto a las libertades de expresión y asociación, el pluralismo ideológico y cultural, la pluralidad electoral, la descentralización nacional del Estado y, más recientemente, la renuncia al monopolio del poder del Partido Comunista, equivalen al desmantelamiento radical del sistema político estaliniano. Hasta ahora, los avances logrados en ese terreno son mucho más espectaculares que en la economía. La estructura piramidal en la cual el partido sustituía al pueblo, el aparato sustituía al partido, el Comité Central sustituía al aparato y, finalmente, el Secretario General sustituía al Comité Central, ya modificado en la era breshnoviana, está siendo definitivamente enterrada. Todo indica que, por primera vez en su historia, Rusia puede entrar al camino de la democracia pluralista. Esto es quizás posible, porque en el nivel de desarrollo logrado no pone en peligro el sistema social existente.

Pese a sus rasgos espectaculares, la pierestroica no rebasa internamente los límites de toda revolución desde arriba: no se propone romper con el sistema de poder existente. La burocracia está

suficientemente consolidada para retener su poder pese a la descentralización del control económico y a la implantación de una democracia representativa. Quiere, más bien, reformar el Estado, la economía y la sociedad para asegurar la reproducción normal y eficiente del sistema social dominante en el interior y elevar su competitividad externa.

En cambio, en el ámbito internacional ha producido ya transformaciones que alteran profundamente la marcha del mundo. Una de ellas es hacer posible la revolución de 1989 en los países de Europa Oriental. En los últimos cinco años la URSS se esforzó por sustituir los sistemas de control directo de los países del bloque por la elevación de su influencia política en ellos. Paulatinamente se retiró el apoyo a las élites conservadoras de los partidos comunistas gobernantes. Las expectativas y los avances del desarme en Europa redujeron la importancia del imperativo militar en la cohesión del bloque. La gradual reducción de subsidios económicos y la incapacidad de proporcionar ayuda para enfrentarse a los problemas del endeudamiento externo, fueron otras tantas invitaciones al desarrollo independiente y diferenciado de las relaciones con Occidente. Lo paradójico es que los nuevos gobiernos que se formarán en esos países después de las elecciones programadas para este año —incluyendo los de orientación anti-comunista— saben que su origen le debe mucho a la pierestroica y que su estabilidad depende de los éxitos de ésta.

El mercado socialista planificado o el socialismo económicamente contable propuesto por algunos de los consejeros más audeces de Garbachov, representa un adiós definitivo al "modelo de desarrollo estalinista" descrito al principio del presente artículo. Representa incluso una transformación profunda del sistema vigente en el cual, según datos oficiales de 1985 que excluyen administradores de granjas colectivas, personal del Ministerio de la Defensa, del Ministerio de Asuntos Interiores y de la KGB, 17.7 millones de funcionarios administran a través de unos 800 000 "eslabones organizativos" varios cientos de miles de empresas industriales, agrícolas y comerciales. Para ello fijan los precios de numerosísimos bienes y servicios y producen millones de órdenes, instrucciones y prohibiciones en cada una y todas las áreas de la economía soviética. Según Nikolai Shmieliov, en el nuevo sistema —que ellos esperan lograr hacia finales de los noventa— sólo 20 o 25 por ciento de la producción quedaría en manos del Estado. El otro 75% estaría regulado por el mercado. La planificación estatal se limitaría a las industrias de la defensa, la energía, los metales estratégicos y las computadoras. Casi todas las empresas estatales deberán autofinanciarse y quizá emitir bonos y acciones para obtener capital. Junto a ellas se desarrollará un poderoso sector cooperativo en la manufactura, los servicios, el transporte, la investigación y otras áreas. Y habrá pequeñas empresas familiares en las ciudades y el campo. En la agricultura se abandonará completamente la planificación estatal y las entregas obligatorias de las granjas, y las agencias burocráticas perderán sus funciones económicas. El objetivo principal es desarmar el sistema de control burocrático-administrativo de la economía en su conjunto.

Garbachov ha rehabilitado la Nueva Política Económica vigente en los años 1921-1929 y a su principal promotor, Nikolai Bujarin. La considera como una vía embrionaria de desarrollo socialista que fue injustamente abandonada después de la revolución desde arriba decretada por Stalin en ese último año. Ese proyecto

incluía una economía de mercado compuesta por empresas de Estado, cooperativas y privadas, pluralismo social y económico, una forma más liberal de dominio del partido único y una libertad de expresión cultural y política no limitada por una censura directa. La idea rectora en el proyecto económico de Garbachov es que "el capitalismo ha aprendido de nosotros, ahora nosotros debemos aprender de él".

La primavera de los pueblos

En Europa del Este, 1989 fue el año de la primavera de los pueblos. Como en 1848, uno tras otro, ellos se levantaron para barrer regímenes impopulares y éstos se derrumbaron con sorprendente facilidad. Después de un largo silencio, inesperadamente los pueblos han recuperado el habla y harán uso abundante de ella en los próximos años. Sea cual fuere el resultado final de ese proceso, nadie podrá borrar el recuerdo del impulso libertario de la fase inicial, ni de la victoria que lo coronó. Como en ocasiones pasadas, los primeros en comenzar fueron los polacos. En el último tercio de 1988, una ola de huelgas políticas sacudió al país y el gobierno militar cedió. Apremiado por Jaruselsky, el 17 de enero el Partido Obrero Unificado de Polonia (POUP) aceptaba legalizar a Solidaridad y el 6 de febrero se instalaba la mesa redonda compuesta por representantes del Gobierno, la oposición y la Iglesia para discutir las vías de transición a un régimen parlamentario. Tres meses más tarde, Solidaridad obtenía un triunfo arrollador en las elecciones parciales y el 19 de agosto Tadeuz Masowiecki, intelectual católico, consejero de Walesa y amigo personal del Papa, era electo primer ministro de Polonia. Así terminaban 40 años de domino continuado del POUP y se iniciaba el primer gobierno no comunista de los países del Este.

La celeridad con la que el movimiento se extendió por los demás países del bloque demuestra que el deterioro de la hegemonía de los partidos comunistas había alcanzado ya un punto de ruptura y que sólo se necesitaba una chispa para transformar el rechazo pasivo en acción revolucionaria. Esa chispa fue el reconocimiento por parte de la URSS del nuevo gobierno polaco y su declaración de que no intervendría en los asuntos internos del bloque.

Algunos días más tarde, se iniciaba en la RDA la protesta en una forma inusitada: la huida masiva de ciudadanos hacia la RFA. El primer grupo cruzó ilegalmente la frontera entre Hungría y Austria el 19 de agosto. Los festejos de los 40 años de la fundación de la RDA, el 6 de octubre, se desarrollaron en una aparente tranquilidad. Sin embargo, dos días más tarde se iniciaron las manifestaciones masivas que no habrían de cesar hasta que el Partido Socialista Unificado de Alemania (PSUA) aceptara abrir las fronteras y compartir el poder con la oposición. La caída de Honecker, la apertura del muro de Berlín y la dimisión del gobierno se sucedieron con una rapidez vertiginosa. Súbitamente, el "problema alemán", la posibilidad de la unificación de las dos Alemanias, volvía a colocarse en el centro de la agenda europea. A diferencia de Polonia, en donde la oposición contaba en Solidaridad con un movimiento articulado, la revolución alemana fue obra espontánea de las masas que durante los primeros tres meses se negaron a aceptar representación alguna.

El 17 de noviembre, el mismo día en que el nuevo primer mi-

nistro de la RDA, Hans Modrow, presentaba su nuevo gabinete en el cual 11 de los 28 ministros no pertenecían al PSUA, el Gobierno checo reprimía violentamente una manifestación en Praga, desencadenando las protestas populares que habrían de obligarlo a renunciar. Paulatinamente emergieron las dos grandes corrientes de la oposición checa: los herederos de la Primavera de Praga, personificados por Alexander Dubcek, y la nueva oposición, cuyo vocero principal es Vaclav Havel. El 24 de noviembre, el buró político del partido comunista renunciaba en masa. Bajo la creciente presión popular, se formaba el 3 de diciembre un nuevo gobierno con participación mayoritaria de la oposición. Dos días antes de que finalizara el año, Dubcek fue electo presidente de la Asamblea y poco después Vaclav Havel ocupaba la presidencia. La victoria de la revolución checa impresionó profundamente a toda Europa. En 1968, Praga había protagonizado el primer ensayo de pieriestroica y el dramaturgo que ahora ocupaba la presidencia era portador de un mensaje humanista difícil de ignorar.

El caso de Rumania es un buen ejemplo de las enormes diferencias políticas que se ocultaban tras la aparente homogeneidad ideológica de los partidos del socialismo estatista. Ahí gobernaba el clan Ceaucescu, que había sustituido al partido y al Gobierno. Apenas iniciada la crisis, el partido comunista desapareció del mapa político y su lugar fue ocupado por el ejército y los órganos de seguridad. Después de la sangrienta represión de la manifestación de protesta en la ciudad de Timisioara se produjo una insurrección popular. El ejército se pasó al lado del pueblo y siguió una corta pero sangrienta lucha contra los batallones de choque de la familia Ceaucescu, la Securitate. El 23 de diciembre se anunció que el jefe del gobierno y su esposa habían huido. Dos días después fueron apresados, juzgados y ejecutados sumariamente. El Frente de Salud Nacional se hizo cargo del gobierno del país. Sin embargo, gran parte del proceso siguió envuelto en el misterio. ¿Existía el Frente antes de la insurrección? ¿Hubo un golpe de Estado protagonizado por el ejército? ¿Quién ordenó a la Securitate que resistiera? Otras tantas incógnitas aún no despejadas.

En Hungría, el país más avanzado en el camino de las reformas, la caída del Partido Socialista Obrero Húngaro parece ser más obra de sus propios errores que del empuje popular. En el esfuerzo por adelantarse a las inminentes protestas que no se produjeron, el PSOH cambió de nombre y de programa, reivindicó a los rebeldes de 1956 y alteró el nombre del país, eliminando el título de República Popular Socialista. En el camino, el partido se dividió y perdió toda influencia. En Bulgaria, Todor Jivkov, jefe del partido y el gobierno por 35 años, fue sustituido el 10 de diciembre por un último reformador. Ahí el proceso mantiene hasta hoy las características de una "revolución desde arriba".

A partir de agosto de 1989, un nuevo factor político ha aparecido en Europa: los pueblos del Este. Sometidos a un férreo dominio, confiscada su voz por una burocracia todopoderosa, durante dos décadas no produjeron —con la excepción de Polonia— movimientos contestatarios importantes. Ahora han irrumpido en la palestra política y no la van a abandonar durante buen tiempo. Hasta la caída de las viejas cúpulas burocráticas, independientemente de su diversidad ideológica y política, los movimientos eran animados por un objetivo implícito común. Desde enero de 1990, recuperada la voz durante tanto tiempo sofocada, las nuevas fuerzas se dividen confrontadas por una gama de problemas

de una gran complejidad. Ante los ojos estupefactos del mundo, surge la imagen móvil de un espectro político que parece sacado en parte de los países capitalistas vecinos y en parte de la historia decimonónica de la misma Europa Central. Los ecologistas y las democracias cristianas se codean con los partidos campesinos y los movimientos nacionalistas e incluso xenófobos.

A todas luces, en Polonia, la RDA y Hungría, las fuerzas en ascenso pertenecen, por su ideología y su programa, a la derecha del pasado y del presente. La nueva izquierda, tan importante en los primeros dos meses en la RDA, los partidos comunistas reformados y la socialdemocracia, son fuerzas minoritarias, si bien no insignificantes. Pero las cosas no son tan simples. ¿En qué medida son válidos los conceptos de derecha e izquierda occidentales para el análisis de esta situación? ¿Qué tan estable es la situación actual? Estamos ante un gran movimiento popular dirigido contra estructuras de poder que se ampararon hasta la saciedad bajo el nombre de socialismo. Ellas no pueden ser derivadas en nombre del mismo socialismo. El Occidente capitalista, satanizado por la propaganda oficial durante décadas, ejerce una fascinación comprensible en pueblos alzados contra el *statu quo* anterior a 1989. Las plataformas políticas de las nuevas organizaciones poco nos dicen sobre su raíz social y los intereses que representan. Además, el péndulo de la conciencia popular que ha girado hacia la derecha, no ha terminado su movimiento. La revolución se encuentra todavía en su etapa destructiva. La disputa sobre las características del sistema que ha de sustituir al que se está hundiendo no ha comenzado realmente. El futuro político de esos países es aún incierto. Pero en medio del caos inicial, tres grandes corrientes se dibujan: la de una burocracia gatopardista que pugnaría por insertarse en las reformas económicas y políticas, sin perder su poder; una socialdemocracia que está impedida de actuar bajo su nombre y una tercera que se propone sacar ventajas de un regreso lo más acelerado posible a un capitalismo de corte europeo. Todo ello bajo la presión invisible pero creciente del capital extranjero. ¿Restauración capitalista o Tercera Vía? Una pregunta que debe por ahora quedar sin respuesta. Así como el inicio del proceso debió mucho a la pieriestroica, su desenlace depende también considerablemente de los resultados que ésta logre.

¿Cuál será el futuro del "modo de producción socialista"? El colectivismo estatista inicia un viraje que Garbachov ha comparado con la NEP leninista. Su lema es: *aprender del capitalismo* en todo aquello en que ese sistema sea superior. La apertura al comercio mundial, el movimiento de capitales, el intercambio tecnológico, tienen su precio. Pero por su magnitud misma, esas economías no son asimilables al capitalismo de la noche a la mañana. La coyuntura actual les es desfavorable, pero ella no invalida la importancia de su posición en la economía mundial. La NEP garbachoviana encierra el reto audaz de una gran potencia no sólo militar sino también económica. La incógnita es ¿quién sacará más provecho de quién?

Los partidos comunistas de la era estalinista pertenecen a un mundo político que está desapareciendo rápidamente. También lo es —en grado menor— el sistema de partido-gobierno, aun cuando en varios de estos países pueden surgir sistemas neocorporativos. Sólo a lo largo de la próxima década descubriremos si la democracia representativa y pluralista es realmente viable en ese nuevo-viejo mundo. □